



# UN ORIGEN SALVAJE

Luis Gutiérrez  
Maluenda

LcJ

## **UN ORIGEN SALVAJE**

**Luis Gutiérrez Maluenda**

1ª Edición Digital

Diciembre 2011

Smashwords edition

© Luis Gutiérrez Maluenda 2010

© de esta edición:

Literaturas Com Libros

Erres Proyectos Digitales, S.L.U.

Avenida de Menéndez Pelayo 85.

28007 Madrid

<http://lclibros.com>

ISBN: 978-84-15414-16-2

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

*Morir en el suelo de la cocina a las siete de la mañana, no es tan malo.*

*A menos que te pase a ti.*

Charles Bukowsky

## UN ENTIERRO

En el momento en que el sacerdote dirigía el hisopo hacia la tumba recién cerrada de Salvador Ginestá, comenzó a llover. Unas gotas gruesas, perezosas, que rebotaban con ruido sordo en la losa que cubría los restos mortales del empresario barcelonés.

Los escasos presentes en el cementerio del pequeño pueblo cercano a Lérida, donde Salvador quiso siempre ser enterrado, dirigieron la vista al cielo, luego se miraron entre sí sin saber qué hacer. La lluvia no figuraba en la relación de deudos, cuando salieron de Barcelona lucía un sol espléndido y a nadie se le ocurrió que en el lugar del entierro llovería.

Tras unos momentos de vacilaciones, la pequeña comitiva decidió quedarse hasta que finalizara la ceremonia; total, faltaba poco para despedir el duelo y quien más quien menos tenía la esperanza de recibir un buen pellizco de la nada despreciable fortuna del difunto. Aquellas gotas gruesas que caían a un ritmo desparejo necesitarían un tiempo apreciable para calarles. Un tiempo del que, a juzgar por la expresión de premura del sacerdote y sus movimientos acelerados, no dispondrían. Aunque si uno solo de los asistentes hubiese echado a correr en busca de refugio, con toda seguridad los demás le hubiesen seguido.

Lila Bañeres miró el pequeño charco que se estaba formando a sus pies, pensó que el nuevo peinado, con el que pensaba «romper» en la Agencia y con el que celebraba su nombramiento como Product Manager, estaría quedando hecho un asco. No le quedaría más remedio que ir a toda

prisa a la peluquería para que se lo repasaran antes de regresar a la Agencia.

También pensó que Salvador se merecía algo más que la preocupación por su nuevo peinado. Al fin y al cabo era su padre, aunque nunca hubiese ejercido como tal, siempre fue «el padrino Salvador», un padrino atento y cariñoso, aunque un tanto distante que visitaba con cierta frecuencia a su madre, y no faltaba jamás al cumpleaños de la niña Lila. La imagen de su cumpleaños estaba asociada al padrino Salvador, siempre con un regalo caro en las manos y una sonrisa paternal al besarla y felicitarla. Un padre, sin embargo, que jamás accedió a regalarle su apellido, a pesar de ser Lila la consecuencia de la relación que Salvador Ginestá había compartido con Montse Bañeres, su madre.

En los círculos burgueses en los que se desarrolló su vida, la paternidad de Salvador Ginestá fue, desde el principio – aunque solo fuese por los años de vigencia y la excelente «buena fama» de ambas familias–, un secreto compartido a voces y aceptado sin acritud.

Lila acababa de cumplir veintiocho años.

El sacerdote murmuró unas palabras apresuradas, sonrió gravemente a los presentes, saludó con la cabeza, recogió los ropones propios de su oficio con un movimiento un tanto amanerado y echó a correr buscando refugio. Todos le imitaron.

Si se apresuraba, Lila llegaría a Barcelona a tiempo para el repaso que necesitaba su peinado. Por la noche, en la Agencia, se celebraba una fiesta «íntima» a la que acudirían unas cincuenta personas. Con ella, sus compañeros la agasajaban por su ascenso, por ser la Product Manager más joven en la historia de la Agencia de Inversiones «Vasco y Andréu Asociados».

Antes de echar a correr con el resto de deudos, Lila lanzó una última mirada al lugar donde reposaría Salvador Ginestá hasta el fin de los tiempos. O hasta que la voracidad inmobiliaria que atacaba últimamente a aquella zona arrasase el pequeño cementerio y construyesen sobre su tumba un local de alterne. Sería un lugar adecuado para el descanso del viejo putero.

Pensando en su madre y Salvador, Lila se reconvino sin dejar de sonreír interiormente.

El grupo se había reunido a salvo de la lluvia en el interior de una pequeña oficina junto a la entrada del cementerio. Allí estaba la familia, junto a unos cuantos vecinos del pueblo, todos ellos gente mayor que habían conocido a Salvador Ginestá en su juventud, antes de que se trasladara a vivir a Barcelona y convirtiese la hacienda familiar en una respetable fortuna.

Sentada en un rincón, las manos cruzadas sobre el regazo, la vista baja, los labios murmurando una oración, estaba Encarnación, la hermana monja de Salvador. En un grupo aparte, formando un sólido muro de dolor, estaban las dos hijas de Salvador, María Inmaculada y María Ventura, junto a la esposa de Salvador, Pura, quien sonrió a Lila con la mezcla de tristeza e ironía habitual.

De Pura, su madre siempre contaba que en el colegio de monjas donde habían coincidido todas la llamaban María Pura, y que fue a raíz del nacimiento de sus dos hijas que eliminó su primer nombre para evitar el chiste fácil: Salvador y las tres Marías.

Didac, el sobrino de Salvador, el hijo de su hermano Enric, fallecido dos años atrás, estudiaba la manera de acercarse a Lila sin que la maniobra fuera demasiado evidente. Didac llevaba más de media vida tratando de conseguir que Lila

compartiese su cama, sin conseguirlo. A no ser que tuviese en cuenta un episodio antiguo, en el que, sin saber demasiado bien cómo lo había hecho, se encontró con las bragas de Lila en las manos y la propia Lila esperando, con algo de miedo y enorme curiosidad, los siguientes acontecimientos. Unos acontecimientos que, por otra parte, quedaron en fase de tentativa. Tenían por aquel entonces doce años, y el resultado de aquel encuentro no fue más allá del deseo insatisfecho que a lo largo de los años fue manteniendo el bueno de Didac.

En honor a la verdad deberíamos decir que Lila también seguía recordando el acontecimiento con curiosidad por lo que pudo haber sucedido, pero su curiosidad, a lo largo de los años y a la luz de nuevas experiencias más completas, había ido menguando hasta no ser más que un sentimiento anecdótico sin mayor trascendencia.

Lila comenzó la rueda de despedidas por Didac, así al interponer entre su despedida la del resto de la familia evitaba que él la siguiese. Didac le retuvo la mano más tiempo del necesario para despedirse, mientras le escaneaba el escote.

—A ver si nos vemos con mayor frecuencia, mujer.

—Claro, el jueves en la apertura del testamento.

A Encarnación apenas la conocía, así y todo la beso en la mejilla, acariciando la mano que sostenía un rosario. La monja, con una suave voz de pájaro, susurró:

—Gracias, hija, ahora él está en manos del Señor, que Él te acompañe a ti también.

Cuando se acercó al grupo de las tres Marías, apreció que se abría aquel pequeño abismo que siempre creía ver cuando estaba con ellas, aunque no descartaba que aquella

sensación solo fuese real en su mente. Se besaron con cierta circunspección, pero la caricia de Pura parecía sincera.

—Nos hemos enterado de tu ascenso, hija, nos alegramos mucho.

—Cambiaría gustosamente mi ascenso por que Salvador continuase con nosotras, Pura.

—Lo sé, hija, lo sé, pero ya no podemos hacer nada, en todo caso darle gracias al Señor que le ha evitado sufrimientos.

María Ventura, le dijo:

—Estas guapísima, Lila —María Inmaculada tenía los ojos hinchados por el llanto y solo le apretó la mano con fuerza, cuando Lila la beso en ambas mejillas.

Lila se dirigió al pequeño aparcamiento cercado por un muro de cemento blanqueado, allí hizo todo lo posible para que nadie en el sequito dejase de ver su nuevo automóvil, un reluciente Porsche Cayenne de color negro que, si ella no lo decía, nadie adivinaría que había sido adquirido de segunda mano.

Lila, por supuesto, no lo decía.

Al subir y sentarse en el asiento del conductor, la falda de ligera muselina subió hasta medio muslo, una altura más que suficiente para que Didac se animará a probar de nuevo. Sin dar muestras de su aproximación mantuvo la puerta abierta, hasta que el sobrino de Salvador estuvo a tres metros escasos. Solo entonces le saludó con la mano, cerró la puerta y arrancó el Cayenne.

Ya en la autopista, mientras en la salida del peaje hacía rugir con una marcha corta al Cayenne, adelantó a un Alfa Romeo cuyo conductor la había observado con admiración



momentos antes, levantó los ojos al cielo y lanzó un beso a las nubes como recuerdo póstumo a la memoria de Salvador . Luego devolvió su atención a la cinta de asfalto por la que circulaba.

## UNA BORRACHERA

Abrí los ojos y me asaltó un estallido de luz multicolor que me obligó a cerrarlos de nuevo. Un tipo armado con un tambor se paseaba por el interior de mi cráneo, iba de una a otra sien, infatigable, cada vez más ruidoso.

Un verdadero cabrón aquel fulano y su tambor.

El peso que sentía sobre mis muslos no era excesivo pero estaba sólidamente asentado allí. Abrí de nuevo los ojos tratando de controlar los furiosos redobles del tipo del tambor. Lo que causaba el peso era la cabeza de una mujer, una cabeza de pelo negro con mechaz rojizas y verdes, un horror.

A la cabeza le seguía un cuerpo desnudo. Me incorporé apoyando los codos sobre la cama para verla mejor. Tenía un buen culo, ancho y pesado, como a mí me gustan. El tipo del tambor atacó un redoble enloquecido que me taladró la sien y me hizo gemir. El muy hijo de puta parecía estar en forma, casi pude verle sonreír con unos dientes mellados y sucios. Me tapé los ojos con ambas manos, cuando los abrí de nuevo algo en el dedo meñique de mi mano derecha me llamó la atención.

Un anillo de oro, una alianza de matrimonio, lo acerqué a mis ojos, tenía un delicado dibujo de hojas entrelazadas. ¡La hostia!

Si me había casado prometía dejar de beber para siempre. Y hablando de beber...

Tanteé con la mano el suelo debajo de mi cama, por allí había cosas que no sabía lo que eran, pero no mordían. La

encontré al tercer intento, una botella de cava con un resto de líquido dorado. Dicen que el cava es ideal para la resaca. La mujer del pelo negro y mechas rojas y verdes también lo había dicho. Lo de la botella de cava había sido idea suya, parecía tener experiencia en resacas.

Eché un trago, estaba caliente y tenía un gusto ácido que me hizo añorar el sabor del whisky. Directamente de mi boca derramé un buen buche sobre el culo desnudo de la mujer de las mechas rojas y verdes. Ella lanzó un breve grito, se removió, levantó la cabeza, abrió un ojo y me enfocó con él.

—¿Aún tienes ganas de jugar, machote? —su voz hacía juego con las mechas del pelo, agresiva y destellante. Tuve la tentación de salir huyendo, pero un rápido vistazo a mi alrededor mostró que estábamos en mi casa, en mi cama. Descarté la huida.

Levanté mi dedo meñique y le mostré el anillo de oro que encajaba a la perfección.

—¿Y esto qué coño es?

—Mi anillo de boda, tonto —se incorporó para ver mejor el anillo. Tenía buenas tetas, también.

—Oye, cariño, como te llames, ¿por qué no te largas?, el día es joven, aún podemos dormir un rato.

—De acuerdo, dame las fotografías del hijo puta de mi marido y me largo.

Empecé a recordar, se llamaba Vanesa, «la Vane» la llamaban por el barrio. Me había contratado para conseguir pruebas de la infidelidad de su marido. Un trabajo fácil, en un par de días había logrado fotografiar el culo desnudo al marido y a su acompañante, amén de un primer plano de la

cara de sorpresa de ambos al verse sorprendidos en pleno revolcón.

La Vane me dijo que no tenía dinero para pagarme pero que ella siempre pagaba sus deudas.

Sí, más o menos fue eso.

En un principio la idea no me entusiasmó, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Entre cabrearme o follarme a la Vane, opté por lo segundo.

Si llegó a saber a la velocidad que trajinaba cualquier clase de bebida espirituosa, quizás le hubiese regalado las fotografías del culo de su marido, y a estas horas no sufriría los embates del tipo del tambor. En fin, son los gajes de este oficio y nadie me obligaba a montar una empresa de detectives. Fue idea mía, siempre me han gustado las películas de Humphrey Bogart. Pero a él le pagaban. Y además, en lugar de a la Vane, le ponían a tiro lo más apetecible de Hollywood.

Lástima que el tipo se casase con una fan de Sinatra que tardó tres compases de *swing* en ponerle los cuernos. Y el pobre tipo duro muriéndose de cáncer. Ni siquiera tuvo tiempo de forrar a hostias a Sinatra. Claro que tenía a los chicos de la Mafia protegiéndole y Bogart, fuera de pantalla, era un tipo tranquilo. En fin, un asunto complicado.

—Están en un sobre, encima de aquella mesa baja, cierra la puerta sin hacer ruido cuando te vayas.

Cerré los ojos y traté de olvidarme de la Vane, del culo peludo de su marido y del dolor que me taladraba las sienes por culpa de aquel jodedor nato del tambor.

Inútil, la voz de la mujer preguntó:

—¿Verdad que yo estoy mejor que esta tía de aquí?—. Hablaba sin mirarme, estaba de pie, desnuda y estudiaba con toda atención las fotografías que yo le había conseguido.

—Claro, cariño, no hay color, ella tiene las tetas caídas.

—Y es vieja ¿o no?

—Una anciana —respondí, tratando de no asesinarla.

—¿Ves?, me casé con un gilipollas.

—Sí, no se ha dado cuenta de lo que tiene en casa. Oye, ¿podrías dejarme dormir?

—¡Joder, tío! Menuda mala leche gastas tú por las mañanas. ¿Dónde habré dejado yo mis bragas?

No le respondí, sus bragas, una cosa negra y pequeña, llena de puntillas y forma de boomerang invertido, por lo que a mi respectaba, podían desaparecer por una brecha del continuo espacio-tiempo y reaparecer en Alfa Centauri, si así les apetecía. El ruido de la puerta del cuarto de aseo al cerrarse me tranquilizó un tanto.

Me dormí.

Me despertó de nuevo el ruido incesante de agua corriendo. Soñaba que estaba sentado en el borde de una enorme catarata que curiosamente sonaba como el redoble de un tambor, luego recordé de qué iba la cosa. Me senté en la cama y esperé. Al cabo de unos minutos, la Vane salió del cuarto de baño, iba desnuda, sus bragas colgaban del dedo medio de su mano derecha. Se me ocurrió mirar su entrepierna por si allí también tenía mechas, en ocasiones soy así de temerario.

No tenía.

Se acercó, me pasó la mano por el pelo y preguntó:

—¿Ya se te ha pasado la mala leche, Gori?

Gori soy yo, es un diminutivo de Gregorio.

Gregorio Marañón, es mi nombre. Tiene cojones la cosa, ¿no?

Gregorio Marañón, la Vane y sus bragas, las fotografías del culo peludo de su marido, mi borrachera. Y el tipo del tambor que no paraba de joder.

¡Menudo cuadro!

## UN TESTAMENTO

El despacho de abogados en el que fueron citados los deudos para proceder a la lectura del testamento del difunto Salvador Ginestá, mi papá, aunque oficialmente, «el padrino Salvador», estaba en la Diagonal, muy cerca de la calle Tuset. El edificio era una estructura moderna de cristal y acero construida, con más pretensiones que gusto, en los años de la expansión económica. Sin embargo, el bufete mantenía el aire rancio que parece que los abogados consideran una señal de buen gusto y fiabilidad.

En cada ocasión que entro en un bufete de abogados, no puedo evitar recordar el despacho del doctor Abílio Remarqués, en la Republica Dominicana. Durante mi viaje a aquel país, le rendí visita para transmitirle los saludos del padre de un amigo, también abogado. Mi primera sorpresa fue ver que, en la puerta de entrada de su bufete, Abílio Remarqués se publicitaba como Asesor Inmobiliario y Abogado del Estado. Era un hombre bien entrado en la cincuenta, grueso y sudoroso, mantenía un pañuelo no demasiado limpio cosido a las manos, con el que frecuentemente secaba su frente a fin de evitar que un sudor tumultuoso se derramara por su rostro. Recibió los saludos de su amigo español con muestras de regocijo, luego trató de interesarme en la compra de unos terrenos en la playa; me aseguró que mantenía una buena amistad con el funcionario corrupto que por 2.000 euros conseguiría los permisos necesarios para construir una casa en la misma arena de la playa, también podía presentarme a los albañiles que, a las ordenes de un arquitecto de confianza amigo suyo, la construirían. Llegué a dudar de la verdadera profesión de Abilio Remarqués, creo que él se dio cuenta de mis dudas, porque me